



MUJER, GUARDA TU CORAZÓN!

FOR PAULINE FREDERICK, MAY MAC AVOY.

LEW CODY, etc.

N.º 49

Numéro especial

50 cts.



LUBITSCH, Ernst

## La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:

Diputación, 292. - Barcelona

Año 11

Nº 49

## ¡MUJER, GUARDA TU CORAZÓN!

(THREE WOMEN 1934)

Superproducción de lujo y ambiente moderno, dedicada especialmente a toda mujer.

### REPARTO

Mabel Wilton.	PAULINE FREDERICK
Juana	MAY MAC AVOY
Nini	MARIE PREVOST
Edmundo Lamont.	LEW CODY
Federico Armstrong	PIERRE CENDRON
Su madre.	MARY CARR
Harvey Craig.	WILLARD LOUIS

Es una de las GRANDES

SELECCIONES **LUXOR** VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290.

Barcelona







## *¡Mujer, guarda tu corazón!*

### *Argumento de la película*

Esencia, mujer:

Así como tus manos se negarán siempre a apoderarse de algo que ofrezca algún peligro, así tu corazón debe rebuir el contacto de los hombres que del amor hacen un medio de lucro, dominados por el más cruel de los egoísmos.

Te halagan las frases cálidas y no te detienes a analizarlas. No te dejes llevar de la ilusión. ¡Corazón femenino, aprende a conocer a ciertos seres!



En miserables viviendas gime la pobreza. Los desvalidos se lamentan de su suerte. No hay pan en la alacena y en la fría cama vence el dolor a niños y ancianos.

4

La caridad no es siempre espléndida y no llega siempre a tiempo.

El óbolo, por insignificante que sea, que merece más la gratitud de los que lo reciben, es el que se entrega con el corazón en la mano y participando de la pena que se trata de aliviar.

Pero la caridad es digna de elogio en todos los casos, practicada de un modo u otro: substancialmente no cambia.

Por esa razón, no debemos condenar esas fiestas benéficas en que los poderosos se divierten; en que las parejas tienen ocasión de flirtear; en que los galanes eñen, en el torbellino del voluptuoso baile, la cintura de las lindas casadas... Todo sea por el bien del menesteroso. No hará sonreír a éste el placer que con su pretexto se proporcionan aquellas que le socorren, pero al fin y al cabo unas monedas llegarán hasta él, y aunque el alma no sane, el cuerpo puede hallar consuelo...

Hemos, pues, en una *tertuliasse*. El salón de baile, inundado de luz, sumerge a la sociedad frívola en un vaho de oro. Se han preparado varias atracciones, una de ellas el impresionante y "malicioso" toboggan. Los jóvenes tienen a su alcance el medio de contemplar las

5

encantadoras piernas de las primorosas "mujeres", que rivalizan en sedas y joyas... y coquetería. Reina en todo la nota picaresca. En los festejos actuales de nuestra brillante sociedad, la monotonía es vencida por la picaresca.

Entre la selecta concurrencia se contaba la viuda y millonaria Mabel Wilton. La belleza y el tiempo luchaban en ella. El artificio pretendía ocultar la realidad, como injerto de juventud; pero pasó ya para ella la estación florida, y la nota gris del otoño atenúa el brillo de sus ojos.

Sin embargo, Mabel se resistía a considerarse "pasada de moda".

No podía faltar en el festival el niño mimado de los salones, Edmundo Lamont, un donjuán relativamente joven y con una habilidad pastosa para coquetear a las románticas... y para dar considerables sablazos a sus amigos.

Para sus conquistas femeninas, bastábale a Edmundo su buen tipo, su impecable traje y su elocuencia. Para lo demás, su frescura. En efecto, debía dinero a casi todos sus conocidos. Hoy pedía una suma a Fulano, y se la devolvía al cabo de algún tiempo con otra suma solici-



tada a menguano; y así siempre. Hasta que la noticia de su "idea financiera" fué del dominio de sus acreedores.

—¡Ah! ¿De modo que a usted también le debe una fuerte cantidad ese "pollo"?—preguntaba, aquel día, una de las víctimas de la amistad con Edmundo a otro acreedor.

—¿Que si me debe? Como que soy su banquero y ya son varias las veces que le he tenido que sacar de apuros y ahora me vuelvo loco por cobrar — respondió el interpelado, Hervay Cruic, que maldecía la hora en que concediera a su "cliente".

Mientras, Edmundo veíase rodeado de lindas muchachas portadoras de canastillas de flores, que ofrecían a los caballeros a cambio de unas monedas para los pobres.

—Señor Lamont, ¿nos compra usted una flor?

—¿Una solamente? ¡Oh! Muchas, muchas, para perfumarnos a vosotras con su poesía — respondió Edmundo cogiendo varios ramos y esparciéndolos sobre las lindas cabezas de las pestulantes, a cambio de unos billetes.

La generosidad del vividor mereció la admiración de los que la presenciaron... si que también la indignación de sus acreedores.

Craic, el más perjudicado de éstos, se acercó a Edmundo, mas éste, al verle, se puso en salvo, deslizándose por el toboggan. Pero la suerte no le acompañó, pues otro acreedor acudió a recibirlo al término de la pendiente.



—¿Una solamente? ¡Oh! Muchas, muchas, para perfumarnos a vosotras con su poesía.

—Amigo Lamont, ¿cuándo se acordará usted de mi antiguo crédito? ¡El pobre está envejeciendo!

—Pues es verdad, señor Briand... Uno de estos días iré a verle.

—¿Y el mío?—inquirió otra.

—¿Y el pago de este cheque rechazado por el Banco por carencia de fondos en su cuenta corriente?

—Sí... sí... tienen ustedes razón... Todo se pagará... Esperen unos días más... Estoy ultimando un gran negocio...

Craie se reunió con las demás víctimas y el culpable, y dijo a éste, malhumorado:

—¿Qué negocio es ese?... ¿No será otra fantasía tuya?

—Vamos, hombre. ¿Osas poner en duda mi palabra, tú, mi mejor amigo?

En tanto, Mabel contemplaba, al lado de dos respetables caballeros, como las atolondradas muchachas se divertían en el toboggan.

—Este deporte es el favorito de la gente joven, ¿no es cierto, señora Witten?—dijale uno de ellos.

Mabel sintióse ofendida, y aunque quiso disimular su enojo, el compañero del ingeniero señor echó de comprender la metida de pata de éste, a quien enteró de la ilusión de juventud que todavía conservaba la rica viuda.

—¡Caramba! Si lo llego a saber... Esa señora ya no me podrá ver ni en pintura.

Impelida por el deseo de demostrar que aun era ágil y capaz de lo que hicieran sus amigas, Mabel quiso tomar parte en la diversión sensacional. Los jóvenes ocultaron su asombro riéndose a hurtadillas, y uno de ellos ofreció galantemente una esterilla para que la viuda se deslizara por el reluciente descenso.

—A la una, a las dos, a las tres—dijo el mismo, soltando a Mabel.

El rápido juego, desconocido para Mabel, impresionóla de modo tal, que seguramente hubiese caído al suelo al llegar al final, pues cerrara los ojos en el centro, de no haber acudido Edmundo a recibirla en sus brazos.

—Gracias...—murmuró Mabel, sonriente.

El agradecido soy yo, señora.

Alejóse la rica mujer, y al remirarse Edmundo con sus acreedores le dijo uno de ellos:

—Ha tenido usted un momento entre sus manos tres millones.

—¿Cómo? ¿Ha dicho usted TRES MILLONES? ¿Quién es esa dama?

Pronto lo supo, y la idea de cazar esa enorme fortuna acesparó su espíritu. ¡Ahí era nada un capital de esa cuantía!



Craic adivinó la intención de Edmundo, y frotándose las manos de satisfacción, exclamó:

¡Tal vez cobremos!

Durante el resto de la fiesta, Edmundo estuvo de continuo muy atento con Mabel, bailó con ella y demostróle con su peculiar *savoir faire* que su compañía le era muy grata.

Craic, que conocía a Mabel, protegió a Edmundo, puesto su interés en la liquidación de sus cuentas, y al salir del festival procuró que ella le invitase a ir a su casa.

—No, no, gracias, señora Wilton. Mi amigo Lamont debe tener prisa... porque se resiste a venir con nosotros — contestó intencionalmente el banquero.

¡Oh! El señor Lamont no se negará a acompañarme con usted, ¿verdad?

Edmundo no descubía otra cosa, pero la presencia de Craic le molestaba. No comprendía que éste quería ayudarle a enamorar a la viuda para cobrar, y tenía que le descubriese a ella que no tenía un céntimo. Pero, al fin, tanto insistió Craic, aceptó.

Acomodáronse los tres en el magnífico automóvil de Mabel, y a poco llegaron al pie de la suntuosa morada de la soñadora viuda.

¿No pasarán ustedes a tomar algo?

Edmundo volvió a resistirse.

—No seas así, Edmundo—le dijo Craic con inusitada amabilidad—. La señora Wilton tiene el gusto de invitarnos a platicar un ratito con ella, y debemos demostrarle nuestro agradecimiento aceptando.

Edmundo, cada vez más perplejo, entró en la casa, y mientras Mabel se separaba de los dos amigos para cambiarse de ropa y ordenar a su doncella que ofreciese unos dulces y exquisita bebida a sus invitados, paró su vista en torno al salón, cual si hiciera inventario del valor que contenía, y mostrábase satisfecho.

Craic bostezaba como si luchase con el sueño que le invadía, y fingió que se dormía. Edmundo, aprovechando esta circunstancia, actualmente provocada por el acreedor, resolvió apelar una vez más a su audacia. ¡Le tentaban tanto los TRES MILLONES!

Cautelosamente abrió la puerta del salón que comunicaba con el maravilloso *boudoir* de la viuda, que acababa de retocar su rostro para aparecer lo más interesante posible ante sus invitados, y presentóse a ella cuando se disponía a salir.

—¿Qué hace usted, señor Lamont? — pre-

guntóle, sorprendida, al ver que cerraba tras sí la puerta del íntimo retiro.

—Tranquílese... Mi amigo duerme... Que-  
ría hablar con usted a solas... Perdóneme mi atre-  
vimiento... En este momento no sé lo que ha-  
go... Nunca me sentí tan insignificante delan-  
te de una mujer... Sus ojos hablan de tal mo-  
do... Experimenté tal sensación en el baile,  
cuando la tuve a usted entre mis brazos... Ha-  
sido el perfume que he aspirado al entrar en  
esta casa lo que ha hecho revivir en mí aquel  
instante de dicha incomparable... ¿Sabe usted  
que estuve a punto de portarme como un in-  
sensato delante de todos?... Me temblaban los  
labios... Señora Wilton... Mabel... es usted en-  
cantadora...

Reverdecieron con bríos primaverales las  
flores del jardín de ilusión de la vida, y Ed-  
mundo, percatado de que callando y resistien-  
dose torpemente Mabel otorgaba, acercó sus  
labios acostumbrados a la ficción, y besóla en  
el brazo.

—¿Qué hace usted? — protestó ella dulce-  
mente.

Edmundo apretó aun más sus labios en la  
suave y perfumada piel, y con nuevas caricias  
ahogó toda resistencia. La victima estaba ga-

nada, Mabel se convencía de que la juventud  
no había huído de ella, y entregaba su cora-  
zón al hombre arruinado que confiaba en su  
salvación con su dinero.

Creo, encantado de que su deudor no apa-



—¿Qué hace usted? — protestó ella dulce-  
mente.

reciese en el salón, con lo que quedaba demos-  
trado que Mabel le había recibido "caríñosa-  
mente"; se hartaba de pasteles, vaciando la  
postrera en que fueron colocados.



De pronto se abrió la puerta del salón, y Craie volvió a dormirse, con la boca llena, para que la pareja no sospechara que él se había dado cuenta de su larga ausencia.

Sonrió Edmundo, orgulloso de su triunfo, y despertó a su amigo.

No te hemos molestado antes, porque dormías muy a gusto. Pero... ¡hasta durmiendo no dejas de comer! — le dijo al comprobar que no quedaba ni un dulce.

—Inconscientemente me los fui comiendo. Como no tenía más que alargar el brazo... De todos modos, es algo inexplicable.

—No, amigo Craie... Nada es misterioso... Usted se ha comido los dulces porque tenía apetito. Esto es como el que se enamora... Por más incomprensible que le parezca el hecho de entregar su corazón, no deja de ser cierto que lo estaba deseando... ¿no es usted de mi opinión... señor Lamont?

—Completamente natural... señora Wilton. Ahora, con su permiso, nos vamos a retirar mi amigo y yo.

—Adiós, señor Lamont. Espero que esta no será su última visita...

—Muchas gracias, señora Wilton. Volveré. Craie comprendía que sobraba... y colocán-

dose entre la pareja acortó la duración en perspectiva de los saludos de rúbrica.

Y Mabel, cuando se encontró sola, aislóse en su *boudoir*, y después de acariciar la parte de



*Adiós, señor Lamont. Espero que esta no será su última visita.*

su brazo besada por Edmundo, rozóla suavemente con la borla de polvos...

Mabel tenía una hija. Precisamente aquel día en que el amor llamaba a las puertas de su corazón, había recibido una carta suya. Decía así:

*Aumenta por momentos mi deseo de pasar una temporada a tu lado. Contéstame pronto y dime cuándo quieres que emprenda el viaje.*

*Se acerca el día en que cumpliré dieciocho años y creo que mi compañía te será muy agradable.*

*Tu hija que te adora.*

*Juanita.*

El recuerdo de su hija ensombreció por un momento la mente de Mabel. La revelación de que aquella ya no era una niña, sino una mujer en la época más risueña de su existencia, le hizo establecer una comparación consigo. Era vieja a su lado. Teniendo a Juanita consigo no podría vencer con artificio alguno al tiempo, porque un hecho irrefutable demostraría la realidad aplastante.

¿Qué hacer?

Pasaron unos días. Allá en la universidad

de Berkeley, Juanita se entregaba, desde hacía algunos años, a variados estudios.

La gentil muchacha habitaba una linda casita de campo en compañía de una anciana amiga de su familia.

Su carácter risueño y bondadoso le había granjeado las simpatías de la que ella llamaba "Peña Fraternal", compuesta por estudiantes, de ambos sexos, en la edad de los amores.

Uno de los miembros de la "Peña" se había enamorado apasionadamente de Juanita, y si bien no se declarara aún, los amigos y la interesada confiaban en que el tímido galán se sinceraría el día del cumpleaños de la amada, fiesta que se preparaban a celebrar con derroche de buen humor.

Llegó ese gran día. Los estudiantes irrumpieron en la casita de Juanita con ansia de divertirse locamente.

Faltaba uno: el novio.

—¿Dónde está Federico, tu compañero predilecto? ¿Se ha escondido en un día como el de hoy?—preguntóle a Juanita el que hacía de jefe.

—No sé... no sé...

No faltaría Federico a la fiesta. Si se retrataba era porque, careciendo de fondos, bus-



caba una solución al anhelo de hacer un regalo a Juanita. El único medio que se le ocurrió fué el de vender su reloj de bolsillo para completar con el producto de la venta el precio de un brazalete de oro.

Cuando llegó a la casita de su amada, los estudiantes se disponían a ponerse a la mesa. Fué recibido con grandes exclamaciones de júbilo. Todos sabían que si Federico hubiese fallado, Juanita no habría estado contenta.

El griterío con que fué acogida su presencia en el umbral de la casita, hizo retroceder al "héroe", y Juanita tuvo que ir a buscarlo en el jardín.

Los estudiantes se volvieron de espaldas para que Federico y Juanita, ya en el comedor, se acariciasen, no porque estuvieran seguros de que iban a hacerlo, sino a fin de incitarles, a fuerza de maliciosos detalles a que se decidieran de una vez a decirse las cuatro palabras que revelarían su mutuo amor.

Fué inútil. Federico continuó callando.

Después de la comida, hubo baile. Federico consiguió, después de intentarlo varias veces en vano, aislarse con Juanita en el jardín. Esta vez sí que le decía lo que sentía. Al entre-

garle el brazalete le hablaría de su amor. Juanita lo estaba deseando, y le dejó hablar.

—Qué día tan hermoso, ¿verdad Juanita? Todo parece haberse asociado para festejar tu cumpleaños... y para animarme a decirte que



*—Qué día tan hermoso, ¿verdad Juanita?*

yo... hace tiempo que...

No pudo terminar su declaración. Acababan de entregar a Juanita un paquetito conteniendo el regalo de su madre.

—¡Oh! Mira, Federico, lo que me manda mamá. Es precioso, ¿verdad?

Federico palideció. En el preciso instante en que él se disponía a regalarle el modesto brazalete que le comprara renunciando a su reloj, la madre de Juanita le mandaba uno de gran valor, circundado de brillantes.

—Es muy bonito — respondió sobreponiéndose a su pena.

Juanita también se había puesto triste. La carta que acompañaba el regalo de Mabel decía lo siguiente:

*Mucho me complacen tus deseos, pero este año debes pasarlo en la Universidad prosiguiendo tus estudios.*

La negativa de su madre causó profundo disgusto a Juanita, que no estaba dispuesta a que se le prohibiese ir aquel año a Nueva York. A pesar de todo, efectuaría el viaje.

—¿Qué hora es, Federico?

Azorado, el estudiante no pudo complacerla, ¡no tenía reloj! Si ella supiese la causa de ello...

Juanita entró en la casa, enteró a sus amigos de su decisión de partir en el primer tren hacia la capital, y al poco rato se despedía de la "Peña Fraternal" en la estación.

Antes de poner pie en el estribo del coche de primera, Juanita preguntó carifiosamente a Federico:

—Hace un momento, en el jardín, ibas a decirme algo. ¿Qué era?

Y le invitaba a declararse de palabra.

—Cuando regreses... o tal vez hasta que sea doctor no te lo diré.

—Adiós, pues. Adiós a todos.

Y partió el tren.

Federico no pudo moverse del andén. Contemplaba el alejamiento de la inmensa serpiente que se llevaba preso en su seno su amor, y cuando desapareció en una de las sinuosidades del férreo camino, dos lágrimas se desprendieron de sus párpados. ¿Volvería?



En la gigantesca capital, Edmundo triunfaba en su carrera de invencible denjaño. Mabel había depositado en él toda su confianza, y además de su corazón le entregara su dinero, para que—según promesa del vividor—le fuesen en brillantes operaciones financieras.

—Ya sabes que estoy bien relacionado en la Bolsa, y que tu dinero producirá intereses fantásticos. Déjame a mí y ya verás. ¿Quieres firmar este documento?—le dijo aquel día, después de un pequeño preámbulo dedicado a persnasivas curules. Y le puso debajo de los ojos este escrito:

*La otorgante, Mabel Wilton, autoriza a Edmundo Lasaout a invertir en valores comerciales la suma de cien mil dólares.*

—Toma; ya está.

—Si te parece puedo comprar...

—Por favor, no hablémos de acciones, valores, dividendos, o lo que sea. Compra el papel que te parezca. Hablémos de nosotros.

Y así siempre, usando Edmundo, de continuo, el ardid de la falsedad, arrullando con

sus trases de engaño a la incauta enamorada.

Juanita estaba al llegar. Edmundo visitó a Mabel, como todos los días, aquella tarde, para proponerle otro "gran negocio".

—¡Oh, Edmundo! Siempre nuevos negocios. Inversiones continuas de capital. Haz lo que quieras... pero háblame de otra cosa—¿Mentése Mabel—¿Iremos al teatro esta noche, o te empeñas en venir a que te firme el contrato?

—Creo necesario ultimar esta operación hoy mismo. Dejemos para mañana el teatro.

—Como quieras.

Marchóse Edmundo y por la noche llegó Juanita a la casa. Los criados se habían marchado. Mabel les regaló las dos butacas que adquiriera para ir al teatro con el hombre que le ofrecía amor cuando ella lo creía perdido para siempre.

—¡Mamá!—exclamó Juanita sorprendiendo a su madre en su *toilette*.

—¡Tú, Juanita!

La respuesta de Mabel denotaba dolorosa sorpresa.

—¿No me besas, mamá?

—¿Qué cambiada te encuentras, Juanita!—no pudo menos de decir Mabel, examinando a

su hija, envidiando, a pesar de todo, su clara belleza.

Se besaron en un impulso de ternura, y en aquel momento apareció ante ellas Edmundo, con la cartera portadora de los documentos de



—*¡Qué cambiada te encuentro, Juanita!*

los grandes negocios, como los financieros de postín.

—*¡Ah! Perdón...*

Edmundo inició el gesto de retirarse, disculpándose de su brusca entrada.

—No se marche usted, Edmundo. Es... mi hija—pronunció Mabel, mirándole fijamente, para leer en sus ojos la impresión que le causaba la noticia, y sin tutearlo, para que Juanita no sospechase nada.

—*¡Su hija!... ¿Lo dice usted en serio?*

—Creo que no lo puedo negar. Nos parecemos mucho. Juanita, te presento a mi administrador, don Edmundo Lamont.

—*Señorita...*

Juanita correspondió al saludo de Edmundo, y ni ella ni su madre vieron en la sonrisa del vividor la satisfacción que le producía el conocer a tan bella criatura que tenía todos los encantos que un día debió tener la madre.

—Volveré mañana. Comprendo que tienen ustedes muchas cosas que decirse. Con su permiso, trabajaré un momento en el despacho.

Retiróse Edmundo, y Mabel, celosa de la juventud de Juanita, y temiendo que su presencia la perjudicase, le reprochó el haberla desobedecido.

—No he de ocultarte lo que me disgusta este viaje, hecho sin mi consentimiento.

—Tenía tantas ganas de verte, mamá. Voy a cambiarme de ropa y bañaremos. Ya verás como me perdonas.



Edmundo vió a Juanita salir del *boudoir* de su madre, y fué a su encuentro, con la sonrisa en los labios.

—Señorita...

—¿Qué desea usted, señor Lamont?

—Me había parecido que me llamaba usted, señorita.

—No, no...

—Perdone... Buenas noches... He tenido mucho gusto en conocerla... En efecto, se parece usted mucho a su mamá...

Juanita cruzó sus miradas con las de Edmundo y, turbada, subió de prisa la escalera del piso superior.

Apenas desaparecida aquélla, Mabel abrió la puerta de su *boudoir* y encontró a Edmundo, que se apresuró a justificar su presencia en el salón.

—¿Cómo iba yo a marcharme sin despedirme de mi Mabel?

La incauta mujer se abandonó en sus brazos, mas recordando que su hija podía verlos musitó:

—Entra.

Y cerróse tras ellos la puerta del gabinete íntimo, durante algunos minutos.

Partió Edmundo de la casa, y ya en la ca-

sa, al volverse para saludar a Mabel que le despedía desde una ventana, vió en la habitación superior a Juanita, y agitó de nuevo su sombrero, considerándose la asombrada doncella objeto de aquel doble saludo.

Sucedieronse algunos días. La juvenil belleza de Juana fué un motivo más para las frecuentes visitas de Edmundo, que con su habilidad de conquistador adulara a la hija sin ofender a la madre, que vigilaba, valiéndose Edmundo más de miradas y sonrisas que de palabras, pues tras éstas habría podido Mabel adivinar el interés creciente que él sentía por la doncella.

Cierta noche, Juanita, que no había encontrado a su regreso de la Universidad, ni amor de madre, ni calor de hogar, se enteró de que ésta cenaba también fuera de su casa, y decidió protestar de la indiferencia en que la tenía. Arreglase y fué a su encuentro.

Mabel se arreglaba equitativamente en su *boudoir* consultando su belleza otosomal con su cómplice el espejo. Juanita se sorprendió al observar la meticulosidad con que su madre se componía, discentible, según ella, a sus años.

—Mamá, quisiera ir contigo esta noche, a donde sea, con tal de estar a tu lado. Tengo

muchas cosas que contarte, y es rara la vez que me concedes algunos momentos.

—No te he presentado aún en sociedad, hijita—repuso Mabel como excusa.



*Juanita se sorprendió al observar la meticulosidad con que su madre se componía.*

—Eso no importa, mamá. Yo estoy segura de que no te haré quedar mal en ninguna par-

te. Conque quédate... o llévame contigo. Yo creo que a mi edad puedo ir a todas partes, contigo...

—Hay no puede ser, Juanita. Pero si quieres salir sola...

La respuesta de su madre disgustó a Juanita, y ésta, llevada de su despecho, decidió salir, para divertirse en cualquier *restaurant* con alegre *jazz-band*.

Edmundo, que iba al encuentro de Mabel, para acompañarla a cenar con él y después al teatro, encontró casualmente a Juanita, saludóla rendidamente, y se propuso olvidar a la madre para ocuparse de la niña, que valía un Perú.

—Bendigo el azar que me proporciona el placer de verla, señorita Juanita. ¿Soy indiscreto preguntándole a dónde se dirige tan sola?

Juanita confesó ingenuamente que iba a cenar, sin ocultarle a Edmundo su extrañeza por la conducta que observaba con ella su madre, que salía siempre sin ella.

Edmundo puso entonces en práctica la idea que se le había ocurrido al tropezarse con Juanita.

—¡Maravilloso, señorita Juana! Yo también



buseo un sitio donde cenar. ¡Me será permitido, como buen amigo de su mamá, enseñarle a usted los restaurantes de buen gusto de este complicado Nueva York!

Las atenciones de Edmundo no le eran desagradables a Juanita, que si bien se resistió un poco a aceptar la gentileza de su compañía, cedió ante la insistencia que él empleó.

Mabel esperaba impacientemente a Edmundo, y en su lugar recibió la siguiente comunicación telefónica:

—¿Eres tú, Mabel? Oye, una junta de accionistas inesperada... Este Consejo es un suelta... ¡Estoy indignado!... No sabes cuánto lamento no poder ir a recogerte para cenar juntos. Mañana nos veremos... Buenas noches, y no te enfades, ¿eh? Bien sabes que sólo asuntos importantes pueden alejarnos de ti.

Mabel resignóse a quedarse en casa, y pensó en la alegría que daría a Juanita, a la que diría que se sacrificaba por el gusto de complacerla.

—La señorita Juana ha salido, señora—le dijo la conserje.

Mabel tuvo que cenar sola, muy ajena a la infidelidad de que le hacía víctima, con su propio hijo, el falso enamorado.

En efecto, Juanita y Edmundo habían ido a uno de los más elegantes restaurantes de la capital. La alegría que reinaba en el animado establecimiento y el opíparo menú que Edmundo ofreció a la paloma desconocedora del mundo, estimularon a ésta a divertirse. Bailó con Edmundo, entusiasmándolo la maestría con que ésta dominaba a la pareja. Encantado de la muchachita, Edmundo estuvo elocuentísimo, y gradualmente insinuóse en su candoroso corazón.

—Es usted encantadora, Juanita. Baila usted como un ángel. Todos los hombres me tienen envidia porque la estrecho a usted en mis brazos. Jamás me sentí tan ufano de ir al lado de una mujer. ¡Y no ve usted, Juana, en nuestro encuentro de esta noche, la mano del destino que se empeña en ponernos frente a frente! ¿A qué oponernos a esta fuerza misteriosa que tan dulcemente nos aproxima?

Juanita le escuchaba aturdida, y cuando las notas estridentes de los músicos negros volvieron a invitar a las contorsiones a los danzarinnes, Edmundo y su nueva conquista bailaron de nuevo, y durante el baile, mirándola fijamente a los ojos y estrechando sus manos con frenesí, obedeció audazmente al deseo de be-



sarla... y Juanita no le reprochó su atrevimiento.

Al marcharse de la esplendente *boite de nuit* la doncella y el gavilán, Craie, el banquero de éste, los vió y le indignó la ostentación que Edmundo hacía, burlándose de todos sus acreedores, que seguían sin haber cobrado un céntimo.

De regreso a su casa, Juanita encontró a su madre muy triste y esperándola en su rica alcoba.

—¿No has salido, mamá?

—Me quedé por ti, Juanita, y me pesa que hayas salido.

—Pero si tú me dijiste que ibas a salir...

—No, no salí...

—Pues yo he seguido tu consejo, mamá. He visto cómo goza la juventud en Nueva York. He bailado sin cansarme una docena de danzas muy moviditas. ¡Oh! Me he divertido mucho. ¿Te extraña?... ¿Te contraría, acaso!...

—No, no. ¿Por qué me haces esas preguntas?

—¡Oh! Por nada. Me pareció que te molestaba escucharla... Buenas noches.

Al día siguiente, Craie, convencido de que Edmundo se estaba burlando también de Ma-

bel, se presentó en casa de ésta y se entrevistó a solas con ella.

—Señora Wilton, motiva esta visita mía un asunto delicado. Se trata de Edmundo Lament. Usted ha depositado en él toda su confianza, y le entrega todas las sumas que él le pide para sus negocios. Yo tengo mi opinión acerca de mi amigo, y me permito preguntar a usted si cree que él emplea el dinero de usted en operaciones financieras.

—Naturalmente, señor Craie. ¿Duda usted, acaso, de la honorabilidad de Edmundo?

—Me limitaré a decirle, señora Wilton, que Edmundo, personalmente, no tiene ni un dólar, y, sin embargo, está derrochando el dinero a manos llenas.

—¿Dónde? ¿Cómo?...

—Es asiduo de todos los lugares aristocráticos, y juega sin consideración. Anoche le vi en el *restaurant* de moda, con una jovencita.

—¡Ah! ¿Ha dicho usted anoche? ¡Bah! Eso no tiene nada de particular. Es muy dueño de divertirse. ¿Conque acompañado de una jovencita, eh?... Le agradezco su noticia, señor Craie, por lo que pueda interesarme, aunque, en verdad, estoy satisfecha de las gestiones que por mi cuenta ha estado realizando Edmundo.



do hasta ahora. Tengo, además, en regla, los documentos.

— He creído cumplir con un deber de amistad, señora Wilton, avisándola de la conducta anormal que he venido observando en mi amigo. Adiós, señora.

Mabel había disimulado delante de Craie las sospechas de que sus palabras llenaban su corazón. ¡Acompañado de una jovencita! Sería, pues, verdad que Edmundo se burlaba de ella, y que sólo buscaba su dinero para gastarlo en fiestas con otras?

A la puerta de la casa de la viuda, Craie encontró a Edmundo, que le detuvo, sorprendido de verle salir de ella.

— ¿Has visto a la señora Wilton? ¿Qué le has dicho?

Todo lo podía temer Edmundo de Craie, pues que, a pesar de los requerimientos de éste, no le había pagado un céntimo a cuenta de sus crecidas deudas.

— No te alarmes, Edmundo... Mi visita ha sido puramente de cortesía... Ni te he nombrado... —repuso Craie con naturalidad.

En esto pasó junto a ellos Juanita. Craie reconoció en ella a la jovencita con la que Edmundo cenaba la víspera, y al enterarse por

éste de que ella era la hija de la viuda, a quien saludaba cariñosamente, imitándolo el banquero, exclamó:

— ¡Magnífico partido!... En realidad, la fortuna de los Wilton es de esta muchacha. La madre sólo es usufructuaria del capital.

Edmundo abrió desmesuradamente los ojos. ¡Caramba! No era cosa de dejarse escapar aquella estupenda ocasión de "pescar" el bienestar para toda la vida. Casarse con la viuda tenía el inconveniente de delatar al marido como interesado; mientras que haciéndolo con la hija, que era muy linda y muy joven, podía justificarse el matrimonio con el amor que la muchacha era muy digna de hacer sentir. De modo que, de entonces en adelante, tenía que procurarse el medio de hacerse tan suya a Juanita que no le cupiera a ésta otro remedio que casarse con él.

Craie no perdió las esperanzas de cobrar, pues el hecho de haber visto a Edmundo en compañía de Juanita le daba a suponer que el matrimonio de su acreedor con ella no era un imposible.

Mabel esperaba a Edmundo dispuesta a descubrir la verdad de modo enubierta.

Le recibió como siempre, con cariño, pues

a pesar de todo le amaba y no estaba dispuesta a consentir que le fuese arrebatado.

Edmundo le habló de números y más números, mostrándose preocupadísimo por los negocios en perspectiva.

—Todo va bien, mi Mabel... Si todo sale conforme a mis deseos, tu dinero ganará intereses increíbles.

—¡Qué fastidio! No sabes hablarme de otra cosa. ¿Por qué no te preocupas un poco más de mí?

—Eso quisiera yo, mi bien; pero no me es posible. Bien sabes que yo deliro por estar a tu lado... pero los negocios se oponen a mis ansias, y lo que es peor, estas reuniones se prolongarán varias noches aún.

Mientras no me engañes, Edmundo, no me atrevo a censurarte el olvido en que me tienes. Sin embargo, estoy un poco celosa de tus negocios, porque a ellos dedicas más atención que la que a mí prestas...

—¿A quién podría yo querer más que a ti, mi Mabelita?

Mabel se fijó en la demacrada tez de Edmundo, prueba evidente de su agotamiento físico recorriendo por las noches los cabarets, y

maliciosamente, pero con cierta tolerancia, le objetó:

—Escucha un buen consejo: *esas juntas* acabarán con tu vida... ¡Trabajas demasiado!

—¿Te burlas de mí?



—¡Qué fastidio! No sabes hablarme de otra cosa. ¿Por qué no te preocupas un poco más de mí?

—¡Dios me libre de tal cosa, Edmundo! Cuando hay amor no puede haber más... ¿no es verdad?



Edmundo no comprendió la alusión. Mabel lo dejó solo un momento, y durante este tiempo recibió en la casa una carta para Juanita. Edmundo leyó el sobre, vió que procedía de la universidad, que la remitía un tal Federico Armstrong, y presintiendo que se trataba de un pretendiente de la muchacha que él confiaba fuerse su esposa, no respetó escrúpulo de ninguna clase y rasgó dicho envoltorio para leer su contenido. Decía así:

*Mi cariño a Juanita:*

*No sabes cuánto te he echado de menos durante tu ausencia. Como lo esperaba por fin he logrado el título de doctor, no sin dificultad.*

*Ahora podré decirte lo que no me atreví a comunicarte el día de tu cumpleaños.*

*¿Seré afortunado?...*

*Tu sé que no ignoras lo que personalmente te diré dentro de poco.*

*Tuyo,*

*Federico*

—¿De modo que la niña se dejó en Berkeley un novio tímido? — se dijo Edmundo—. Conviene obrar de prisa para impedir que ese

bobo llegue a tiempo de desbaratar mis planes.

¿Qué haría? ¿Qué no iba a ocurrírsele a un hombre que violaba la correspondencia ajena?

Entretanto, Federico, en casa de su madre, allá en una tranquila provincia, se entregaba en cuerpo y alma a su primera operación quirúrgica; recordaba un retrato de Juanita y lo colocaba junto a uno suyo, simbolizando de este modo la unión a que él aspiraba.

La madre de Federico no experimentaba otra alegría que la que leía en el rostro de su hijo, y lo estimulaba en sus esperanzas de casarse con Juanita.

Ignorando que Federico le había escrito una carta que venía a ser una declaración anticipada a la que verbalmente se disponía a hacerle, Juanita le olvidaba involuntariamente bajo la influencia de Edmundo, y aceptó ir a visitar a éste en su casa, para cenar con él. Esta era la idea pecaminosa que se le había ocurrido al único para que Juanita aceptara casarse con él.

Mabel, acuciada por los celos, en vista de que a pesar de su indirecta advertencia seguía Edmundo pretextando tener que asistir a Consejos de Administración por las noches para no ocuparse de ella, fué a su casa, y ni el criado, que sabía su obligación, ni él mismo, pudieron evitar que descubriese que Juanita, su hija, estaba allí, oculta en una habitación. El abrigo de pieles dejado encima de una silla junto a la puerta, había delatado la presencia de la incauta en casa del miserable vividor. Mabel, horrorizada, gritó con desespero el nombre de la tierna víctima:

— ¡Juana! ¡Hija mía!

La desgarradora lamentación de su madre contrubó a la muchacha, que, abriendo enérgicamente la puerta de su escondite, se arrojó en sus brazos, sollozando avergonzada.

— ¡Oh, Juana! ¿Tú?... ¿Eras tú?...



...y Juanita aceptó ir a visitar a Edmundo en su casa. Esta era la idea...

— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Qué locura la mía vieniendo aquí! Pero yo...

— No llores, nadie más que yo tiene la culpa



de la sucedido, porque te dejé en la vida sin mi cariño.

Juana seguía flotando y miraba a su madre. Entonces Mabel vió brillar en los ojos de su hijo un amor y una juventud que ella había perdido para siempre. ¡Amaba a Edmundo! ¡Sí, le amaba!

El ladrón de corazones, seguro de sí mismo, con un aplomo desconcertante, intervino, conchillando:

—Supongo, señora, que no te opendará usted a nuestro casamiento.

Mabel clavó sus miradas en el villano que de tan grotesco modo hacía baba de sus teñidas cejas, y atada a la realidad por la realidad misma, repuso, atenta a que Juanita no sospechase nunca nada:

—Es cierto, así debe ser para que quede usted como un *perfecto caballero*.

Concertóse la unión en el acto, y pocos días después, pues buena pica se dió Edmundo en realizar su proyecto, los recién casados trocían su amor en los trenes de lujo, en viaje de bodas.

Y llegó para Federico su "gran día". Se había trasladado con su madre a Nueva York, y se disponía a declararse personalmente a

Juanita. Como no se sintiera con fuerzas para presentarse a la amada y decirle lo mismo que le dijera en la carta interceptada por Edmundo, ideó dirigirsele por teléfono. A tal efecto, buscó su número en el listín, pero su madre le hizo renunciar a tal idea.

—Por teléfono, no, hijo mío; cara a cara y con firmeza, le preguntas si quiere ser tu esposa.

Armóse de valor el tímido muchacho, y dirigióse a la casa de Mabel.

Juanita y su marido habían regresado, aquel día, de su viaje, y la primera visitó en seguida a su madre. Edmundo tuvo la delicadeza de no presentarse, ni se presentaría jamás, delante de Mabel, simulando a Juanita que ambos estaban muy resentidos de lo que había ocurrido, es decir, que Mabel estaba disgustada con Edmundo porque obligó a su hija a casarse con él compramiéndola en su propia casa, y que Edmundo no olvidaba la dureza con que Mabel le trató por haber conseguido que Juanita fuese a su casa sin que ella rompiera siquiera las relaciones que ambos sostenían de unos días a aquella parte.

Mabel se acordaba de aquel día en que Edmundo, con su audacia inaudita, la besó en

el brazo, pero al anunciar su doncella a su hija, recordó que era madre, y el recuerdo que resurgió en aquella hora de infinita tristeza, desapareció para que, al abrazar a su hija, el pensamiento de Mabel estuviera limpio de impurezas.

A poco, la misma doncella anunció que un joven deseaba ver a la señora Lamont, es decir, a Juanita.

—Que pase al salón reservado — dijo la interesada, que estaba lejos de suponer que era Federico el visitante.

Cuando le vió esperándola en el salón de referencia, al que ella fué sola, aceleró el paso para alcanzarle antes, y sonreía.

—¿Pero eres tú, Federico? ¡Qué alegría!

—He terminado mis estudios, y mi primera visita es para ti.

—Muchas gracias. Tú siempre has sido un buen muchacho y por eso siempre has merecido mi aprecio. Bien lo sabes. ¡Cuánto me alegro de que ya hayas dado cima a tu anhelo!

—Sí, Juanita, mi situación es brillante. Hoy puedo pensar en casarme...

—Es una cosa muy natural, ¿Y quién es la novia?

—Por qué le dirigía Juanita esta pregunta?

—Ignoraba, acaso, que Federico la había mirado siempre con amor, o es que, cosa lógica si se tiene en cuenta que ella podía recriminarse el no haber sabido esperar, pretendía, haciéndose la desentendida, darle a suponer que sus vacilaciones eran la causa de lo que ya no tenía remedio?

Federico fijóse en el anular de Juanita ornado de una sortija de matrimonio, y quedó perplejo.

—¿Demasiado tarde?—murmuró.

—Yo me casé hace pocos días...

—¿No sabías que era para ti que yo ambicionaba mi título de doctor?

—Federico, tú no me hablaste nunca en concreto. Y ahora...

—No importa que yo haya llegado tarde—prosiguió Federico ocultando su emoción—. Lo esencial es que tú seas feliz, Juana. Este es mi más ferviente deseo.

—Gracias, Federico... Y no me guardes rencor... Quiero que seamos siempre buenos amigos... ¿verdad que sí?

Federico no pudo contestar. Se le anudaron las palabras en la garganta, y al salir a la calle llevóse el pañuelo a los ojos. Desoportunaba su oprimido corazón en llanto.



...

Como Edmundo no fuera al matrimonio con amor más que superficialmente, al poco tiempo de casado, y valiéndose de hábiles pretextos, había logrado reconquistar sus noches. Las caricias de Juana eran soportadas como algo pesado por Edmundo, y alguna que otra vez hubo de reprocharle ella la indiferencia que le demostraba. Prestaba el marido más atención a la limpieza de sus uñas que a la esposa que buscaba siempre sus mimos.

—¿Terminará también al amanecer la sesión de esta noche? — preguntóle, aquel día, Juanita a Edmundo al decirle éste que tenía que salir.

Edmundo era un líice en materia de engañar a las mujeres, y a fin de no infundir la menor sospecha a Juana, le dijo, cuando ella le preparaba el fraje:

—No precisa traje de etiqueta, los demás irán de americana.

Y salió de su casa vestido de calle... para ir a cambiarse en casa de su "amiga", Nini, una locuela al servicio de los hombres de fortuna

dispuestos a sacrificar, sino toda, buena parte de ella para satisfacer todos sus caprichos a cambio del orgullo de pasarla por las salones.

—Mi idea de mandarte mi nuevo fraje es excelente, Nini. Figúrate que mi mujer se ha quedado muy tranquila al verme salir de casa con este vestido gris—le dijo al llegar.

Tu esposa no es una excepción... Hay tanta mujer tanta... ¿A dónde me llevas esta noche?

—A cenar, a bailar, a donde tú quieras.

El amor, cuando no puede oxidar, sabe esperar. Federico cumplía como los buenos, y de su tristeza fué a arrancarle el que en Berkeley hacía de jefe de la "Peña Fraternal".

—Hace unos días que te veo muy triste, y por fuerte que sea el dolor que hiera a un hombre, no debe éste desfallecer. Ven conmigo, te invito al *restaurant* de moda. Pasaremos un rato agradable.

Federico se dejó llevar y, casualmente, en aquel templo del jazz se encontraba Edmundo, a quien él no conocía, con Nini.

La Empresa del establecimiento, durante un intermedio de la música, ofrecía a los concurrentes, por medio de "mariposas" que los

tendían atados a guisa de anzuelo en cañas de pescar, unos muñecos de trapo. Todos querían apoderarse de los obsequios, y Nini, en su afán de coger uno de ellos, cayó sobre un pacífico consumidor sentado a una mesa, el cual, lejos



—*Mi idea de mandarte mi nuevo frac es excelente, Nini. Figúrate que mi mujer se ha quedado muy tranquila...*

de enfadarse, la ayudó a alcanzar un muñeco, aupándola animosamente. Edmundo, que estaba bebido, creyó que el galante desconocido

obrabá por "cuenta propia", y lo ahafeteó sin mediar explicación alguna. El ofendido, cegado por la estupidez de Edmundo, sin creerse mandarse a nadie, descargóle en la cabeza una botella de champaña y Edmundo cayó sin sentido al suelo.

—¡Un doctor! ¡Un doctor! — gritaron algunos clientes.

El amigo de Federico pensó en éste, y el joven practicó la primera cura del herido.

Nini se aproximó a Federico, y quedamente le dijo:

Por favor, doctor, acompáñelo a su casa. Yo no puedo... Yo no soy más que su "amiga"...

Y sin saber que en casa de Edmundo iba a encontrar a Juanita, Federico condujo allí al herido.

Lo primero que vio Juanita fué que Edmundo no llevaba el mismo traje que cuando salió de su casa.

Asustée al verle regresar herido, y cuando fué a preguntar al médico si el estado de su esposo era grave, su sorpresa no conoció límites al reconocer a Federico.

—¿Eres tú? ¿Cómo fué que le hirieron? ¿Dónde cambió de traje? ¡Cuéntamelo todo, Federico!



—No podía suponer que tú eras la esposa de este hombre—repuso pasmado el joven—. Te ruego que dirijas todas esas preguntas a tu marido. El sabrá explicarte la verdad. Mírale. Ya vuelve en sí.



*...pretendió separarla a la fuerza de Federico, mas éste, repugnándole ser tocado por él...*

—Habla tú, Federico. ¿Qué ha acontecido? Inconscientemente, Juanita se había abrazado a Federico, suplicándole que hablase, y Edmundo, al sorprender a su mujer en tal pos-

tura, bebido como estaba, pretendió separarla a la fuerza de Federico, mas éste, repugnándole ser tocado por él, le dió un empujón y lo apartó de ellos, marchándose luego.

Juanita al quedar a solas con su marido, imaginando que su esposo se había disputado por una mujer, pues en la negativa de Federico vió que no era otra la causa, le exigió que le dijese la verdad, pero Edmundo, rendido por el cansancio y vencido por el sopor del alcohol, durmióse groseramente.

Y Juana, desesperada, recurrió al consuelo de su madre, a la que contó lo sucedido.

—Hija mía, debes averiguar la verdad, y obrar en consecuencia—fué el consejo de María.

Al día siguiente, Juanita, queriendo a todo trance saber la verdad, fué a casa de Federico, para suplicarle que le refiriese los sucesos de la víspera.

El doctor, no queriendo influir con su declaración en la desavenencia de los esposos, se mantuvo firme en su criterio de guardar el secreto, y fué por demás que su madre intercediera en favor de Juanita, que estaba resuelta a proceder contra su marido con arreglo a su conciencia; pero la casualidad vino en ayuda de Juanita, pues Nini telefonó a casa del doctor para enterarse de cómo seguía el herido, y ella se puso al aparato a pesar de la oposición de Federico.

Illuminado el camino que conducía a la verdad, Juanita se trasladó a casa de la "amiga" de su marido.

Dió su nombre a la doncella y entró con ella en la habitación particular de la frívola.

—¿Qué es lo que usted desea de mí, señora?

—He venido a saber lo que ocurrió anoche... ¿Cómo fué herido mi marido?

—¿A mí qué me cuenta usted de su marido, señora?

El traje de calle de Edmundo estaba aún en una silla, y delataba al culpable y a la causante de la culpa.



—¿Fué por demás que su madre intercediera en favor de Juanita.

—¿Negará usted que mi marido estuvo aquí anoche? Es usted una mujer peligrosa. A las mujeres como usted debían castigarlas ejem-



plamente, para que fuese respetada la paz de nuestros hogares.

—¡Qué graciosa! Me recrimina usted que yo le haya quitado el cariño de su esposo, pero ¿acaso usted no hizo lo propio robando Ed-



—¿Negará usted que mi marido estuvo aquí anoche?

mundo a su madre de usted?

—¿Qué dice usted, mala lengua? ¿A mi madre? ¿Ha dicho usted a mi madre?

—Sí. No es ningún secreto. Todo el mundo sabe que la señora Wilton estaba enamorada de...

—¡Cállese, cállese!

\* Aquella revelación espantosa alteró a la frá-



—No me asustan tus palabras. Te engañas si crees que puedes obligarme a algo.

gil esposa. ¡Qué horror! ¡Juanita quería ver en seguida a su madre, tener una explicación con ella! Le dijeron, al llegar a su casa, que dejara dicho que se dirigía a la suya.

En aquel momento, Mabel se entrevistaba con Edmundo.

—¿A qué has venido? Tu hija te habrá contado mil fantasías, y claro, tñ, la mamá, vienes a defenderla, ¿no es eso?

—Vengo a exigirte que devuelvas a Juana su libertad, sin obstáculos, condiciones, nada!

—No me asustan tus palabras. Te engañas si crees que puedes obligarme a algo. Conservo tus cartas de amor. Ellas serán mi mejor arma.

—¡Canalla!

—Bastaría la publicación de una de ellas en este periódico, por ejemplo, en la primera página, con tu fotografía en el centro...

—¡Oh! ¡Dame mis cartas!

—Tu cólera es solamente la máscara de tus celos, porque aun me amas.

—¿Amarte yo, miserable? ¡Te odio, te odio por el mal que a mí me has hecho y el que estás haciendo a mi hija; a mi hija, ¿lo oyes bien? Es a la mujer desechada y a la madre ofendida a quien tienes delante, dispuesta a todo.

Juanita acababa de llegar y se detuvo a escuchar lo que decían su madre y Edmundo.

La confirmación de los amores de ambos la enloquecía.

—¡Dios mío! ¡Esta situación es insostenible! ¡Prefiero morir!—gemía.

Edmundo se reía cínicamente. Estaba per-



*¡Oh! ¡Dame mis cartas!*

suadido de que tenía en su poder a Mabel y de que la hija haría lo que se le antojara a él. Pero de súbito se oyó una detonación, y Edmundo, llevándose las manos al corazón, cayó pesadamente al suelo.



Juanita lanzó un grito, apareciendo ante su madre.

—¡Mamá!

—¡Hija mía!

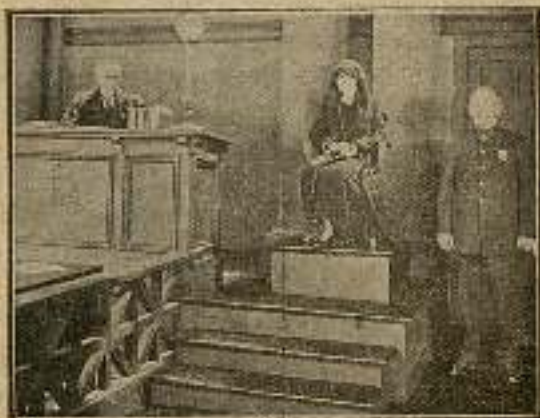
—¿Qué has hecho, madre mía?

—He cumplido con mi deber. Yo motivé el que este cínico se cruzara en tu vida.

—¡Oh, mamá! ¡Qué horroroso es esto!

Pero había desaparecido el obstáculo... Ya podían, en un abrazo supremo, juntar sus corazones lacerados...

Algún tiempo después, Mabel fué juzgada en sesión pública, y declaró magníficamente la verdad, terminando así:



—No me arrepiento de mi acción. Era a mí a quien correspondía librar a mi hija de aquel hombre sin dignidad.

—No me arrepiento de mi acción... Era a mí a quien correspondía librar a mi hija de aquel hombre sin dignidad.

Y el veredicto fué de impasibilidad, a satisfacción de todos.

Y parecía a Mahel que el tiempo repetía: "Mujer, ¿por qué no me escuchas cuando te digo: *Esto ya no es para tí?*"

Federico no esperó en vano. Juunita buscó consuelo en su amor, y mientras los dos forjaban el molde de su eterna dicha, una madre sencilla y cariñosa experimentaba el mayor goce de su vida vislumbrando la época en que en su regazo mecería a los traviesos nietecitos... que la vida es dulce cuando nuestra sinceridad no nos aparta del buen sendero...

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Con esta novela estija usted la postal-obsequio de

*BABY PEGGY*

E. VERRAQUER MORENA-TARRASA

*PRÓXIMO NÚMERO:*

*La magnífica novela, de gran asunto*

## *REVELACIÓN*

*Sublime interpretación de VIOLA*

*DANA y MONTE BLUE*

*Producción Metro-Goldwyn*

*Postal-obsequio:*

*LON CHANEY*

*LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA*

*Sale todos los viernes*

*32 páginas*

*30 céntimos*



## NÚMEROS PUBLICADOS

PRECIOS:	NÚMEROS CORRIENTES:	30 CTS.
		50 *

1, Genoveva de Brabante. 2, Los héroes del mar. 3, El testamento del capitán Applejack. 4, La orfandad de Chiquilla. 5, Sin rumbo. 6, Una niña a la moderna. 7, La hermana blanca. 8, El egoísmo de los hombres. 9, La mujer de bronce. 10, El árabe (especial). 11, Esposas sin amor. 12, El ciclón. 13, La eterna lucha. 14, Malva. 15, Mentira amorosa. 16, La ciudad del Silencio. 17, La princesa de bronce. 18, La chispa. 19, ¡Oh mujeres, mujeres! 20, El delirio del Jazz (especial). 21, El fin del mundo. 22, El juego de la Novia. 23, Pasó la juventud. 24, La Medalla del Torero. 25, Gracias a ellas. 26, Los zapatitos de la suerte. 27, Eclipse de estrellas. 28, La justicia del Zar. 29, El error de una madre. 30, Mas fuerte que el odio, el amor. 31, La nieta del Bohemio. 32, Las víctimas de la maledicencia. 33, El mudo acusador. 34, El vino. 35, El Pirata. 36, La encantadora Circe (especial). 37, La irresistible Lulú. 38, Tin-tin de mi corazón. 39, El Vanidoso. 40, Cada oveja con su pareja. 41, Nobleza de corazones. 42, Victorias femeninas. 43, Papá Ricardo. 44, Firme como el acero. 45, La niña "bien". 46, Estrategia Femenina. 47,

La heredad maldita. 48, Cómo nace una pasión. 49, ¡Mujer, guarda tu corazón! (especial).

## Postal-obsequio

1, Viola Dana. 2, Thomas Meighan. 3, Priscilla Dean. 4, Herbel Rawlinson. 5, Maria Jacobini. 6, Jaque Catalán. 7, Alice Terry. 8, Lew Cody. 9, Lillian Gish. 10, Harrison Ford. 11, Ginette Mathie. 12, Rod La Rodque. 13, Betty Compson. 14, Glenn Hunter. 15, Lois Wilson. 16, Charles Ray. 17, Enid Bennett. 18, Jack Pickford. 19, Lya Mara. 20, Harry Liedtke. 21, May Mac Avoy. 22, León Mathot. 23, Mary Philbin. 24, Owen Moore. 25, Betty Bronson. 26, Rodolfo Valentino. 27, Leatrice Joy. 28, Georges Biscot. 29, Mae Murray. 30, Ramón Novarro. 31, Estelle Taylor. 32, Hoot Gibson. 33, Anita Stewart. 34, Alberto Capozzi. 35, Mabel Normand. 36, Harold Lloyd (El). 37, Eva May. 38, William Russell. 39, Mary Miles Minter. 40, Jackie Coogan (Chiquilin). 41, Liane Haid. 42, Frank Mayo. 43, Norma Talmadge. 44, Sessue Hayakawa. 45, Huguette Duflos. 46, Reginald Denny. 47, Laura La Plante. 48, Conrad Weidt. 49, Baby Peggy.



Suplemento

UN ENORME ÉXITO  
ha obtenido el soberbio

Número - Almanaque 1926

de LA NOVELA SEMANAL.

CINEMATOGRAFICA

con el que se regala un lujoso ALBUM para  
coleccionar las postales del año 1925.

Contiene varios argumentos de películas, fo-  
tografías de artistas y cuentos, novelas cor-  
tas, amenidades, actualidades cinematográ-  
ficas, etc. etc. — — 128 páginas

Precio incluido el ALBUM: Ptas. 2'50

COMPRE USTED el n.º de Navidad de

**AYER Y HOY**

MAGAZINE - REVISTA

76 páginas

40 céntimos

Contiene un artículo titulado

**¡Visca el «F. C. Barcelona»!**

con semblanzas y fotografías de los primeros  
«equipers» de aquel club. — Un cuento de  
V. BLASCO IBÁÑEZ, y colaboración de A.  
HERNÁNDEZ CATÁ, LOS HERMANOS

QUINTERO, y otros.

— De venta en todos los quioscos. —

**ÉXITO INDISCUTIBLE**



